

INTRODUCCIÓN

Hasta el auge de la Nueva Arqueología hace unos cuarenta años, el desarrollo de la prehistoria europea se concebía bajo auspicios orientales. Según Gordon Childe (p.e., 1958) Europa era el Tercer Mundo del Próximo Oriente, la beneficiaria (tal y como se supone que los Terceros Mundos deben ser) del conocimiento producido en el centro desarrollado. La Nueva Arqueología sustituyó este planteamiento por otro funcionalista, adaptacionista, que ponía el acento en la independencia histórica de una recapitulación europea de las categorías generales de la evolución social desde las bandas mesolíticas, pasando por las tribus neolíticas, hasta las jefaturas de la Edad del Bronce. Partiendo de la base de que la trayectoria de la prehistoria europea era un caso particular que se adaptaba al esquema general, los prehistoriadores aplicaron a Europa los mismos modelos que supuestamente explicaban la evolución social en otras zonas. Así, el desarrollo de la complejidad social en Europa habría sido el resultado de las exigencias de regulación de sistemas intensificados de producción e intercambio (Renfrew, 1973: 155-159). En el lugar del viejo difusionismo orientalista el funcionalismo colocó otro sociológico, según el cual las élites emergentes de la prehistoria reciente europea se distinguirían de los gestores de las economías de templo del Próximo Oriente sólo por su menor escala. En relación con la prehistoria de la Península Ibérica, Chapman (1991) presenta el ejemplo más claro y mejor desarrollado del peso de la gestión de la Nueva Arqueología. Pero la pertinencia de los modelos de regulación jerarquizada a los casos europeos ha sido el objeto de un cierto escepticismo (p.e., Gilman, 1981), y como resultado el planteamiento administrativo ha perdido terreno incluso entre algunos de sus antiguos defensores (Chapman, 2003). Sería preferible, quizá, proponer modelos para el desarrollo de la prehistoria europea en términos más “germánicos” (y menos “asiáticos”); en otras palabras, debemos pensar en cómo la “complejidad” pudo surgir en contextos de anarquía.

Los asentamientos de la Edad del Bronce de la Meseta meridional de la Península Ibérica son de los

mejor conservados de Europa. El carácter masivo y bien preservado de los asentamientos fortificados de este periodo y la relativa estabilidad del paisaje en el que se sitúan, permiten, a nuestro parecer, la documentación sistemática de la distribución de los centros del control político en relación con los recursos productivos y entre sí. En 1988-1995 llevamos a cabo prospecciones que nos permitirían establecer los patrones de emplazamiento y valorar los usos del suelo durante la Edad del Bronce en el norte de la provincia de Albacete con el objetivo de contrastar los planteamientos funcionalistas y no funcionalistas sobre el surgimiento de la estratificación. Esta monografía da cuenta de los principales resultados del proyecto.

ANTECEDENTES

Nuestro programa de investigación se refiere a una región estable climáticamente y geomorfológicamente. La Mancha es una amplia depresión formada por la orogenia alpina y rellenada con sedimentos del Mioceno superior, Plioceno y Pleistoceno inferior. Se trata en la actualidad de una gran llanura endorréica con lagunas permanentes o estacionales en sus zonas más bajas (López Bermúdez, 1978). En Albacete, la planicie está limitada hacia el sur y el este por las estribaciones de los sistemas Bético e Ibérico. Su relieve es en general bajo (con zócalo rocoso permeable en zonas montañosas), de modo que la erosión probablemente no ha alterado mucho la morfología desde época prehistórica. La Mancha tiene un clima mediterráneo continental semiárido, con precipitaciones de 350 a 450 mm al año que se registran principalmente entre octubre y mayo, y marcadas diferencias de temperatura entre el verano y el invierno. La vegetación natural, aún presente en algunas zonas, consistiría principalmente en zonas abiertas de robles y pinos, con bosques más espesos en las regiones más alomadas y bosques galería a lo largo de los principales cursos de agua. Los datos paleoclimáticos se limitan a algunos diagramas polínicos (Ló-

pez García, 1977, 1983a, 1983b; Taylor *et al.*, 1998; Carrión *et al.*, 2001), cuya interpretación es concordante con la idea de que los cambios en la vegetación durante los últimos cinco mil años se deben a la acción humana, sin que sea necesario recurrir a cambios climáticos para explicarlos (ver también López García, 1978, 1986; Dupré Ollivier, 1988). La uniformidad de La Mancha facilita la interpretación comparativa de los paisajes antiguos de los que dependieron los asentamientos prehistóricos de la región.

La densidad de asentamientos de la Edad del Bronce de La Mancha ha empezado a ser conocida sólo en los últimos treinta años. Tal vez debido a que La Mancha tiene la reputación de tener un clima inhóspito, los prehistoriadores de la Península Ibérica tendieron a dar por supuesta la escasez relativa de asentamientos de la prehistoria reciente en el interior: se trataría de poblaciones dispersas que practicaban una economía pastoril en un medio hostil y de las que no se podría esperar demasiadas trazas arqueológicas. Los arqueólogos locales conocían desde hacía tiempo masivos amontonamientos de piedra que databan en la Edad del Bronce, y algunos de ellos fueron excavados. Sin embargo, o bien se los consideró túmulos funerarios (Sánchez Jiménez, 1941, 1948) semejantes a los de Europa central y septentrional, o bien fueron interpretados como ejemplos periféricos de las culturas del Cobre y del Bronce que imperaban en el sudeste hispano (Martínez Santa-Olalla, 1951). En época tan reciente como puede ser los años 1970, la Edad del Bronce de la Meseta meridional era esencialmente desconocida, a pesar de que hoy sabemos que posee un fecundo registro arqueológico.

Los primeros datos de la presencia de asentamientos permanentes, grandes y fortificados, de la Edad del Bronce en La Mancha procedieron de las excavaciones realizadas por la Universidad de Granada en 1974 en dos yacimientos de Ciudad Real, El Azuer y Los Palacios (Molina y Nájera, 1978). En ellas quedó claro que los túmulos de piedra eran los restos de una torre central rodeada por dos anillos de muralla. Ahora, treinta años más tarde, se han excavado en La Mancha una docena de asentamientos similares, poniéndose claramente de manifiesto que la región posee un registro arqueológico de la Edad del Bronce excepcionalmente rico. En la provincia de Ciudad Real el equipo de la Universidad de Granada identificó unos veinte asentamientos en llano así como algunos otros en alto (Nájera Colino, 1984: 7; Nájera y Molina, 2004: 206-208). El estudio de los 500 km² del municipio de Almansa (provincia de Albacete) ha permitido identificar 43 sitios (Simón García, 1987a), y densidades similares se han documentado para parte de las provincias de Cuenca (Díaz-Andreu García, 1994) y Toledo (Ruiz Taboada, 1998). Nuestro conocimiento de la Edad del Bronce de La Mancha procede, pues, de un trabajo

reciente que está todavía en desarrollo. La mayoría de los datos han sido publicados sólo en informes preliminares. Aún así, la información disponible demuestra que La Mancha posee un registro arqueológico de la Edad del Bronce excepcionalmente completo.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

La arqueología de la Edad del Bronce de La Mancha es una arqueología de asentamientos. La investigación reciente se ha concentrado en resolver los complejos problemas verticales que presentan núcleos fuertemente estratificados con episodios complejos de construcción defensiva. Este trabajo (que hemos sintetizado en otro lugar [Martín *et al.*, 1993]) pone de manifiesto lo siguiente:

1. La Edad del Bronce de La Mancha se asemeja en gran medida a las “culturas” del Bronce conocidas desde hace tiempo en Andalucía oriental y Murcia hacia el sur (la argárica) y en el levante español hacia el este (el Bronce Valenciano). Estas tres áreas se caracterizan por asentamientos permanentes con una fuerte naturaleza defensiva, como demuestran tanto su construcción como su localización, y por rasgos tipológicos en su cultura material como los puñales de remaches o la cerámica carenada sin decoración. La Edad del Bronce de La Mancha se parece más al Bronce Valenciano que al argárico, pero este parecido se basa menos en semejanzas positivas que en la relativa escasez de enterramientos dentro de los asentamientos y, con ello, en la ausencia de algunas de las piezas particulares encontradas en los más ricos ajuares funerarios argáricos, como las copas y las alabardas.

2. La Edad del Bronce de La Mancha ocupa el mismo intervalo temporal que la argárica o el Bronce Valenciano (Fernández-Posse *et al.*, 1996). Las fechas de radiocarbono procedentes de los asentamientos excavados recientemente suelen situarse entre 3750 y 3300 bp. Sobre la base de las fechas de radiocarbono calibradas, el Bronce de La Mancha se desarrolla entre el 2250 y el 1500 calBC, un periodo que se corresponde con el alcance temporal de sus análogos orientales y meridionales. El carácter estilísticamente poco significativo de la cerámica y la industria lítica y la escasez y uniformidad de las piezas de metal han impedido que los investigadores hayan subdividido el Bronce de La Mancha en fases tipológicas fiables.

3. La Edad del Bronce de La Mancha se caracteriza por dos tipos básicos de asentamiento: “morras” o “motillas”, por un lado, y “poblados”, por otro (estos últimos equivalen a los “castillejos” de Martínez Navarrete [1988]). Los primeros (llamados “morras” en Albacete y “motillas” en Ciudad Real) son forti-

ficaciones formadas por murallas circulares (y en ocasiones con una torre central) con espacios de habitación en su interior. Estos asentamientos se localizan tanto en los fondos de los valles fluviales y zonas húmedas, como en cerros y promontorios. Algunas de estas fortificaciones tienen áreas de asentamiento adyacentes fuera del perímetro defensivo, pero la mayoría parecen ser puntos fuertes aislados. Algunos de ellos son bastante grandes (El Azuer, por ejemplo, mide 50 m de diámetro y posee muros en el interior que aún conservan siete metros de altura), pero en general son pequeños montículos de restos constructivos de unos 2 m o menos de altura, y 20 o menos de diámetro. Los poblados son asentamientos situados en alto y en vertientes aterrazadas. Algunos de los mayores alcanzan los miles de metros cuadrados, están fuertemente estratificados y tienen fortificaciones que protegen los flancos más accesibles, pero muchos son asentamientos pequeños que ocupan plataformas de unos pocos centenares de metros cuadrados (o menos) y, por ello, con depósitos menos profundos. Las excavaciones se han concentrado en los asentamientos mayores de ambos grupos, y las fechas de radiocarbono indican que responden a ocupaciones de larga duración que, al menos en parte, se solapan en el tiempo.

4. Los análisis de fauna de El Azuer y Los Palacios informan sobre los patrones de subsistencia en La Mancha durante la Edad del Bronce. Los bóvidos sobrepasan a las ovejas/cabras, y ambos tipos muestran una proporción relativamente alta de individuos adultos, lo que indica que los animales fueron explotados tanto para tracción como para leche, es decir, para “productos secundarios” (Harrison y Moreno López, 1985). Estos dos asentamientos y El Acequión (Llorach *et al.*, 2000) han proporcionado también grandes cantidades de grano (principalmente trigo). Los dientes de hoz y los molinos, procedentes de todos estos asentamientos, atestiguan la importancia de las actividades no pastoriles (los dientes de hoz de El Acequión poseen una fuerte pátina superficial). Y, como indica nuestro estudio, la localización de los asentamientos también sugiere una agricultura relativamente intensiva. La densidad de asentamientos parece ser mayor a lo largo de los cursos de agua que en las áreas adecuadas para cultivos de secano de barbecho largo. Los recursos hidráulicos pudieron ser explotados para proporcionar pastos permanentes y cosechas estables. Todo lo que sabemos parece indicar que la base subsistencial del Bronce de La Mancha consistió en una agricultura mediterránea con un cierto grado de intensificación.

5. En otros lugares de la Península Ibérica el desarrollo de la agricultura intensiva generalmente se asocia a una incipiente estratificación de clase, y el Bronce de La Mancha puede interpretarse en los mismos términos. Los pocos enterramientos que conocemos de La Mancha muestran ajuares poco llama-

tivos, pero la orientación marcadamente defensiva de los asentamientos sugiere intrínsecamente diferencias de riqueza. Lo mismo se deduce de los almacenes de grano dentro de los asentamientos fortificados, y de la producción de bienes preciosos en algunos asentamientos (metal en Azuer, marfil [sin duda importado del norte de África: Harrison y Gilman, 1977] en El Acequión). Por último, la diferencia en la duración de los asentamientos sugiere que los segmentos sociales situados en los asentamientos con ocupaciones más prolongadas se perpetuaron con más éxito que sus vecinos con ocupaciones más cortas. Parece que la competitividad reflejada en las ocupaciones fortificadas o situadas en lugares defensivos generó diferencias de poder a largo plazo.

TEORÍA Y PROBLEMAS

El registro arqueológico global para las Edades del Cobre y Bronce de la Península Ibérica indica claramente el desarrollo de una estratificación social creciente (Chapman, 1991). Así lo atestiguan el número de asentamientos fortificados, los cambios en los rituales de enterramiento con una progresiva diferenciación en los ajuares, el desarrollo de la metalurgia y el comercio a larga distancia de productos exóticos. Se han ofrecido al respecto diferentes explicaciones procesualistas en la última década por parte de varias escuelas. Una de ellas considera que la estratificación social surge del liderazgo necesario para organizar y mantener los intercambios a larga distancia y la producción de subsistencia intensificada que, a su vez, es generada por la presión demográfica (Ramos Millán, 1981), o bien de la necesidad de afrontar las incertidumbres que presenta el clima mediterráneo para la producción de alimentos (Chapman, 1982, 1991). Otra escuela considera que el estatus social heredado aparece con la consolidación en el poder de una élite; este poder puede surgir bien del control de los intercambios entre comunidades con acceso diferente a los recursos metalúrgicos y la tecnología correspondiente (Lull, 1983), o bien, de la disminución de la fisión social (y de ahí la mayor viabilidad para la recaudación de tributos) inherente a los sistemas de cultivo intensificados (Gilman, 1976, 1987). El debate sobre estas propuestas interpretativas, que representan la gama de las posturas teóricas actuales sobre el origen de la complejidad social, sigue vivo en la actualidad. La preferencia por unas u otras depende principalmente de como uno valora su realismo, dada la escasez de evidencias concretas sobre las causas que dieron lugar a la estratificación social. El objetivo de nuestra investigación en Albacete ha sido obtener los datos que permitan poner a prueba estas perspectivas contrapuestas.

Las distintas explicaciones suponen diferentes tipos de patrones de poblamiento prehistórico. Los de-

defensores de las teorías administrativas, con un control centralizado sobre los recursos, se apoyan en la existencia de jerarquías de asentamientos como indicios de estratificación. Brumfiel (1976) destaca que este tipo de jerarquía se caracteriza por la falta de correspondencia entre el tamaño del asentamiento y la productividad agrícola de su área de captación de recursos. Dada una productividad constante, los asentamientos administrativos serán mayores que aquellos habitados por los productores directos, porque los primeros recaudan el tributo de los segundos y utilizan ese tributo para acumular dependientes y, por ello, requieren un espacio residencial mayor. Los investigadores que están a favor de una explicación centrada en la gestión sobre el origen de la estratificación social defienden una correlación necesaria entre la jerarquización de asentamientos y las desigualdades sociales. En el caso de La Mancha, las características particulares de los lugares excavados más grandes como La Encantada (Nieto Gallo y Sánchez Meseguer, 1980; Nieto Gallo *et al.*, 1983; Sánchez Meseguer y Galán Saulnier, 2004) y El Azuer indicarían que “los poblados de la edad del bronce parecen formar parte de un sistema regional de producción cuya organización y control se centraliza en manos de una élite” (Chapman, 1991: 328).

De igual manera, el intercambio en una sociedad orgánicamente integrada de granjeros y mineros daría lugar a asentamientos mineros que serían demasiado amplios en relación con los recursos agrícolas disponibles porque la población productora de mineral recibiría los productos básicos de los agricultores por intercambio. Los defensores de este planteamiento, como Lull, han desarrollado en detalle esta idea.

Por el contrario, la teoría de que las inversiones de capital en la producción de subsistencia permiten a los “protectores” explotar a los productores primarios no necesita postular disparidad entre el tamaño de los asentamientos y los recursos agrícolas cercanos. En un sistema semejante al de la Europa feudal (un sistema arraigado en parte en la organización social de la Europa bárbara), los que proporcionan el tributo pueden vivir junto a los que lo recaudan, y la población se distribuye en el paisaje de manera proporcional en relación a los recursos que la sostienen.

La jerarquización de asentamientos ha sido generalmente aceptada como una marca distintiva del desarrollo de la complejidad social en la prehistoria reciente europea, pero las características del registro arqueológico continental hace difícil probar su existencia. Los horizontes cronológicos relevantes son bastante antiguos, de modo que a menudo no se puede estar seguro de que los yacimientos recogidos en un estudio constituyan un ejemplo representativo de los que realmente existieron. Factores naturales o culturales, cuyo impacto es difícil de evaluar, pueden ha-

ber producido pérdidas diferenciales de asentamientos de características diversas. Además, las diferencias de tamaño entre los asentamientos pueden deberse, no a la diversidad en el número de sus ocupantes prehistóricos, sino a la intensidad o el periodo de su ocupación, factores que pueden resultar difíciles de valorar. Estas dificultades se incrementan con la falta de precisión de las periodizaciones basadas en el radiocarbono: ocupaciones con el mismo diagnóstico arqueológico pueden, en realidad, haber florecido en momentos diferentes dentro de un periodo de varios siglos. Por último, puede resultar difícil determinar la productividad agrícola de los paisajes en los cuales se sitúan los asentamientos en los momentos de su ocupación (y sin, al menos, una aproximación verosímil a esta productividad, la definición de algunos yacimientos como puntos de mayor importancia que otros es, como ya hemos dicho, imposible). Estas dificultades han facilitado que algunos prehistoriadores europeos duden de la existencia de jerarquías, mientras que otros las admitan como algo razonable dadas las circunstancias.

La Edad de Bronce de La Mancha constituye un horizonte arqueológico sobre la complejidad social en el que los problemas que se han mencionado pueden ser, hasta cierto punto, dominados. Los asentamientos que constituyen el registro fueron construidos en piedra y a menudo fueron muy grandes, de modo que parece muy probable que muchos de ellos hayan sobrevivido. Tres mil quinientos años de agricultura y aluviones en zonas bajas pueden haber destruido u ocultado los lugares más pequeños, pero las morras mayores tienen suficiente solidez para que no merezca la pena destruirlas, y los poblados se sitúan en zonas altas que muy pocas veces se han destinado a un uso posterior. Algunos de los sitios mayores pueden haber sido destruidos por proyectos de construcción de infraestructuras (como la morra de Balazote, destruida por el trazado de la autovía Albacete-Jaén [*Memoria explicativa*, 1931]), y otros pueden haber quedado ocultos por construcciones sucesivas (algunos castillos medievales pueden contener restos de la Edad del Bronce indetectables en sus cimientos), pero podemos suponer con cierta confianza que, más allá de un cierto umbral, casi todos los asentamientos fortificados grandes pueden haber sobrevivido y son susceptibles de ser identificados en un programa de prospección sistemática.

El problema de desentrañar los palimpsestos cronológicos es muy serio en el Bronce de La Mancha dada la falta de diagnósticos cronológicos fiables con los que subdividir un periodo de setecientos cincuenta años. Pero las fechas de radiocarbono obtenidas en las excavaciones recientes en los yacimientos mayores muestran que éstos fueron ocupados durante la mayor parte del periodo. Algunos asentamientos se fundaron más tarde, y otros se abandonaron antes, pero es razonable suponer que los mayores, los que

poseen estratigrafías más profundas, estuvieron todos ocupados entre el 2000 y el 1800 calBC. Por último, el paisaje de La Mancha parece, dada la evidencia disponible, estable y bastante uniforme, de modo que la evaluación del potencial de recursos paleotécnicos

no es demasiado complicado. En definitiva, si es que existió una jerarquización del poblamiento en la Edad del Bronce, en La Mancha puede ser detectada más fácilmente que en muchas otras partes del continente.